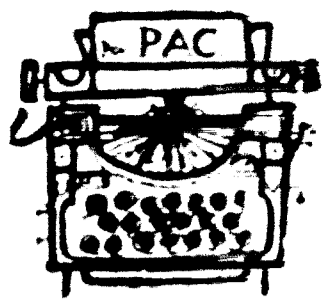


escrito a máquina

Calor y Destino



Si nuestros indios hubieran padecido el calor que hoy sufren los nicaragüenses, el calor hubiera adquirido la categoría de dios, como la adquirió el Huracán, como la adquirió la lluvia peligrosamente almacenada, año con año, en divinos cántaros de barro hasta que el arbitrario Cocijo —deidad de nuestros arbitrarios inviernos— los quebraba con un palo. Pero nuestros indios no conocieron el macadán, y entre casa y casa dejaron crecer los árboles que nosotros talamos. La Colonia, luego, construyó sus casas con patios y árboles y corredores y aleros domesticando las brisas de los lagos y produciendo así, en cierta manera, una democratización del aire acondicionado. “El aire suave de pausados giros” que cantó Rubén era en su origen de fabricación casera y folklórica. Lo promovía el mango del patio, la sombra del corredor o el ritmo siestero de la hamaca. El calor (el “calor-pas-pasa-pán; el ultra, trans-calor”, que decía el padre Azarías Pallais), el sofo-calor es una deidad civilizada, hosca e implacable, hija del macadán y del cemento. Un diocesiillo de la naturaleza que se nos ha crecido cuando ya no creemos en dioses. Como se nos creció el sacrificado soldadito de caite y se nos hizo Guardia Nacional —inesperado Huitzilopochtli—; como se nos creció la Loma de Tiscapa, de humilde cuartel a castillo feudal de una dinastía.

Pero dejamos los mitos. Ciertamente nuestro viejo calor se ha enfurecido con los años y ya que no nos deja casi pensar, abrasándonos con sus 38 grados de ternura, por lo menos permitámonos la pregunta del abrumado marido asediado por la mujerona ¿a qué horas me casé?! —¿A qué horas se le ocurrió a nuestros padres levantar sus ciudades en este purgatorio? ¿Por qué edificaron aquí, se enraizaron aquí, por qué fijaron el corazón del país en tierra caliente? ¿Por qué, si en casi todos los países de América los españoles buscaron las altiplanicies para sus capitales: es decir, la altura y el buen clima, en Nicaragua en cambio se quedaron al encendido nivel del mar? ¿No hubiéramos podido trepar a las sierras, o subir al norte o sentar nuestros reales en las colinas de Matagalpa?

Los culpables de que estemos aquí donde estamos son esos lagos con los cuales, en la actualidad, apenas tenemos unas incómodas relaciones. La razón por la cual sacrificamos el clima es porque se nos impuso un destino geográfico: El de ser el puerto de Centroamérica, y para mayor drama ese destino lo hemos traicionado!

Si estudiamos la historia de nuestra Patria fácilmente nos damos cuenta de que está tejida por dos fuerzas antagónicas: una profunda insistente, que nos empuja a cumplir ese destino de PUERTO, y otra de resistencias, de incapacidades, de aplazamientos, de intervenciones extrañas que, hasta el día de hoy nos mantiene asándonos en la parrilla de nuestro clima y de nuestra pobreza pero renuentes a cumplir con nuestro destino.

Ya desde el comienzo nos distraíamos en buscar oro, hacer política y luchar por encomiendas, pero lo que realmente nos obligaba a fundar ciudades y a quedarnos junto a los lagos y a hacer Nicaragua lo que es, fue la búsqueda de una ruta de navegación, fue la búsqueda del Estrecho Dudoso, y, una vez descubierto el Lago y el Desaguadero, fue el ser y desarrollar un país —puerto de un Atlántico que, por un don inaudito de la naturaleza, se nos metía en las entrañas a través de ese río y de esos lagos. Todo Centroamérica se configuró tendiendo líneas que convergían a ese futuro centro de tránsito y puerto. Ya Thomas Gage en 1.600 dibuja las rutas de mulas (de que también nos habla el Güeguense) viniendo al Gran Lago, antesala del Atlántico a cargar los bergantines. Fue el primer boceto de la “integración centroamericana” que no se completará mientras esas mulas, ya mecánicas, no regresen al natural puerto del lago.

Sin embargo, apenas comenzó a marcarse el destino comenzó a surgir la fuerza contraria. No hay destino sin esa contraparte hostil de misteriosos imponderables. Ya León, capital de ese boceto de país-puerto, abandona su sitio geográfico antes de cumplir un siglo de vida. Pero ¿qué pasa?, que al perder su signo geográfico pierde su capitania histórica. Desde el momento en que León abandona la orilla del Lago (la futura orilla del Atlántico) ha renunciado a su capitalidad. Granada la reclama y viene la lucha. Y aquí otra vez surge esa fuerza insistente del destino nicaragüense: quien vence es Managua que ocupa el lugar vacante, junto al Lago, de León.

Con Eduardo Chamorro he conversado mucho sobre este extraño pero claro signo de Managua. El fue quien me hizo ver cómo, sobre el subconsciente histórico de país-puerto, Managua, o mejor dicho, la expansión de la Gran Managua está formando un largo triángulo: Managua-Tipitapa-Granada. Triángulo porteño, que busca por instinto, las aguas de los dos lagos y del río que los une y que los unirá en el futuro ya canalizado.

Fijémonos cómo habiendo dos carreteras, una a Diriamba (línea de buen clima) y otra a Granada (por tierra caliente), la ciudad instintivamente se ha echado sobre esta última. Incluso las dos universidades —sin conciencia de ello— han buscado este eje. Dentro de 20 años la carretera Managua-Granada será una ciudad lineal sin solución de continuidad. Dentro de 50 años la gran urbe, la gran capital será el triángulo Managua-Tipitapa-Granada, cuya fuerza masiva y cuyo peso en la geografía nos obligará —por fin— a realizar la razón por la cual estamos aquí: el aprovechamiento de la condición de nuestra geografía, la cual, por sus dos lagos y su río desaguadero, convierte la zona Managua-Granada en el mejor y más natural puerto de Centroamérica.

Somos la nación de América que puede meterse el Atlántico en el bolsillo. Esa riqueza —con ser tan enorme— constantemente la hemos olvidado o echado a perder. A veces hemos sido nosotros los culpables, a veces la fatalidad y no pocas veces el imperialismo.

La tentación del canal, por ejemplo, fue uno de los grandes tropezos de nuestro destino porteño. Pero no. No era nuestro destino ser panameños. El sino nicaragüense se marcaba por debajo de la historia. Después, el mismo canal, nos impuso su tributo. Los norteamericanos ponían un “No” insolente a todo intento de canalizar nuestro propio río. Veían en ello una competencia y en materia de competencia los yanquis son mezquinos. Todavía el viejo Somoza fue a Washington con un proyecto de canalizar nuestro San Juan. Allí le cambiaron el tema y volvió (encantado) con la carretera al Rama. Pero la carretera al Rama, como su nombre lo indica, es un camino al Rama. Mejor dicho, un camino del Rama a Managua. Un camino incluso de Bluefields a Managua. No es la salida, no es el puerto de Centroamérica al Atlántico. (Los yanquis lo sabían!).

Eso vendrá después. En su oportunidad. (Recordemos que la palabra oportunidad viene de puerto). Es decir, cuando el espíritu nicaragüense llegue a su madurez y cobre plena conciencia de su destino histórico. Será la empresa de una futura gran revolución que devolverá a Nicaragua todas sus dimensiones, así la geográfica como la social, así su libertad como su justicia, así su desarrollo como su dignidad. Al menos eso sueño en el reverberante calor, excitado por la febril visión futura, imaginando la gran ciudad venidera, al borde de sus lagos canalizados, sabiendo al fin por qué la raza de sus hombres escogió esta tierra y se dispuso a contestar, desde el principio de su historia, al reto del calor y del trópico.

PABLO ANTONIO CUADRA